

Enfocarse en el aprendizaje del estudiante

Los docentes que tienen éxito en aulas tradicionales, donde son el centro del aprendizaje, a menudo encuentran difícil relegar el control de las actividades más centradas en el estudiante, que son menos predecibles y organizadas. *¿Por qué he de cambiar si todo marcha bien?*, se preguntan. Así como los estudiantes se resisten a actividades que no sean de respuestas indefectiblemente correctas, en ocasiones los docentes tienen dificultades para hacerle frente a la complejidad de una clase donde los estudiantes toman el control de su propio aprendizaje.

Con el propósito de que los estudiantes aprendan las destrezas del siglo XXI, tales como el pensamiento de orden superior, el trabajo en equipo y la resolución de problemas, deben estar ocupados en proyectos complejos que se asemejen al trabajo de la vida real, en diferentes disciplinas. También, de manera continua deben recibir información acerca de sus progresos en el aprendizaje. Las investigaciones muestran claramente el efecto positivo que este tipo de evaluación tiene sobre el aprendizaje del estudiante (Black et al., 1998).

Aunque existe una buena razón para creer que el aprendizaje centrado en el estudiante y la evaluación formativa tienen el poder de motivar a los estudiantes a involucrarse más en su propio aprendizaje, con frecuencia el camino para la autogestión no es fácil. Los estudiantes que han crecido acostumbrados a ser observadores tácitos o *espectadores somnolientos*, bien pueden resentir tener que trabajar más duro, en especial cuando estos papeles de aprendices pasivos constituyen la norma en otras asignaturas. En el proyecto de Black, una docente fue acusada de no hacer correctamente su trabajo, por cuanto no les aportó a los estudiantes las anotaciones que debían memorizar para poder realizar una prueba.

A los docentes también puede resultarles difícil abandonar las prácticas tradicionales. La evaluación formativa les resta importancia a los puntajes y hace énfasis en el aprendizaje. A los estudiantes se les pide fijar metas y monitorear su propio progreso. Son alentados a ser creativos, asumir riesgos y hacer preguntas. En resumen, se espera que cuiden de su propio aprendizaje. Para algunos estudiantes y docentes, esto representa un salto inmenso.

Las aulas tradicionales, centradas en políticas de gratificaciones extrínsecas, proveen a los estudiantes pocas oportunidades para pensar sobre ellos mismos como aprendices y no simplemente como estudiantes.

Cuando la cultura de clase se basa en recompensas, estrellas doradas, calificaciones o jerarquías de clase, los alumnos buscan las formas de obtener las mejores marcas, en lugar de mejorar sus aprendizajes. Una consecuencia reportada de esta práctica es que, cuando deben realizar alguna elección, los alumnos evitan las tareas difíciles. También, dedican tiempo y energía a la búsqueda de pistas hacia la *respuesta correcta*. De hecho, muchos se vuelven renuentes a plantear preguntas, por el temor de equivocarse (Guskey, 2005).

Las puntuaciones no desaparecerán de la mayoría de las aulas, pero los docentes pueden trabajar para minimizar su importancia, concentrándose en el valor intrínseco del aprendizaje a partir de una tarea y de la autoevaluación, en lugar de llevar a cabo tareas fáciles de contabilizar y verificar.

Si los estudiantes han de tomar el control de sus propios aprendizajes, necesitan formación y apoyo en destrezas específicas, tales como la colaboración, la resolución de problemas y el pensamiento crítico. Al igual que los docentes en el estudio de Black, los docentes que utilizan eficazmente la evaluación formativa necesitan ampliar la manera como piensan en torno al aprendizaje del estudiante. La enseñanza debe volverse menos en lo concerniente a la transmisión de conocimiento en áreas temáticas, y más en lo que respecta al diseño del aprendizaje alrededor de tareas auténticas que permitan a los estudiantes llevar a la práctica el trabajo con nuevo contenido, de forma tal que desafíen su pensamiento y puedan desarrollar las destrezas de autogestión y colaboración, necesarias en el siglo XXI.